



*Facso*  
Facultad de Comunicación Social  
UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR

HERÓDOTO - URANIA  
Occidente: épica y azar

Óscar Llerena Borja



SERIE  
CLÁSICOS III



# HERÓDOTO - URANIA

## Occidente: épica y azar

Óscar Llerena Borja



# **Facultad de Comunicación Social de la Universidad Central del Ecuador**

Fernando Sempértegui

**RECTOR**

Fabián Guerrero Obando

**DECANO**

**Consejo Académico**

Juan Carlos Jurado

Fernando López Milán

Óscar Llerena Borja

Sonia Vega Burbano

**Diseño y diagramación**

Fabián Usiña

**Impresión**



# HERÓDOTO - URANIA

## Occidente: épica y azar

Cabargar sobre este duro espinazo  
 sobre la áspera cresta erizada de espadas  
 encaramados sobre el lomo de espinos  
 a horcajadas sobre las lunas menguantes  
 dejándose llevar por los cascos febriles  
 por los espasmos de la noche  
 arrastrando las consecuencias de estas patas poderosas  
 ajenas a toda decisión y sin fines precisos  
 en los disturbios de la conciencia  
*Iván Carvajal, Parajes.*

Aunque no sea verdadera, hay que creer en la historia antigua  
*Léo Ferré*

### I

Una contienda desigual de proporciones  
 universales, un enigmático presagio, el  
 disenso intestino de los aliados, el con-

---

sejo providencial de un oscuro personaje, la vileza salvadora de último minuto y al final de esta secuencia improbable, el mundo. ¿Qué es este “cabalgar... arrastrando las consecuencias de estas patas poderosas...”? ¿qué es este paso a ninguna parte y a todas en potencia? Estas preguntas, opuestas ciertamente al materialismo histórico, para el que la libertad es principio y fin de las cosas humanas, nos colocan ante la inextricable madeja de hechos que han dado como resultado lo que hoy llamamos Occidente. ¿Puede la historia antigua aportar a la comprensión de este cabalgar? Considero que sí, y no solo esto, estoy convencido de que la comprensión de nuestro tiempo, si desea insistir en la

---

---

búsqueda de la verdad, debe pasar por el amoroso apego a la historia antigua.

Los momentos decisivos de la historia, esos que Stefan Zweig llama “momentos estelares de la humanidad”, son un enigma, un reto al pensamiento y a la voluntad. En ellos, el destino del mundo entero está abierto al devenir, a las posibilidades, pues todo en esos parajes es definitivo, decisivo. Pero ¿es posible acaso pensar estos momentos de extrema densidad histórica?, ¿cómo hacerlo? Estas preguntas que la ciencia histórica, seguramente, ha resuelto ya con solvencia, son para el neófito lector de filosofía un problema mayúsculo. Ciertamente, el devenir humano es, en

---

---

su mayor parte, un acumulado de horas, sin luz dorada, sin brillantez apabullante, sin genialidad, horas y más horas, en las que la humanidad reproduce su existencia tanto biológica como cultural, horas que se acumulan. Y es este acumulado, este sedimento, el que en momentos inextricables da paso a las aberturas por las que el futuro se anuncia y, al mismo tiempo, se pone en juego. Si esto es así, la dualidad tiempo cotidiano- tiempo excepcional exige dos tipos de aproximación. El tiempo de lo cotidiano reclama una historia para la cual el secreto de la vida moderna haya sido descifrado por la perspectiva del *flâneur* (Echeverría, 2014: 59). Al menos no conozco una herramienta mejor, pero ¿cuál sería la pers-

---

pectiva para indagar en el tiempo de lo extraordinario? No tengo respuesta categórica a esta pregunta y, por lo tanto, ante la incapacidad me acojo a las bellas palabras de Stefan Zweig:

Ningún artista es durante las veinticuatro horas de su jornada diaria ininterrumpidamente artista. Todo lo que de esencial, todo lo que de duradero consigue, se da siempre en los pocos y extraordinarios momentos de inspiración. Y lo mismo ocurre en la Historia, a la que admiramos como la poetisa y narradora más grande de todos los tiempos (Zweig, 2004: 9).

La historia nos ofrece pocas pero contundentes muestras de la grandeza de nuestra especie: talento, valor, coraje,

---

---



bondad, heroísmo, etc. Y, sin embargo, ellas no explican a cabalidad el cauce que ha tomado nuestro despliegue sobre la tierra, tampoco lo hacen las abundantes e irrefutables manifestaciones de la oscuridad del alma humana que colman los pasajes de nuestro devenir. Por eso, es admisible pensar en la historia como una artista, una narradora, la más grande de todas, pero narradora al fin, de tal forma que su tarea, su producción, su ποιήσις, su hacer, está semioculto tras un velo sagrado que hace de su comprensión un proceso activo del espíritu. La gran narradora, como la diosa Alétheia (αλήθεια), trae a presencia aquello que apenas se dibuja en el horizonte de lo humano, aquello que se anuncia pero

---

---

se oculta. La explicación de cómo se ha hecho concreto lo posible, cómo se ha elegido un camino entre un sinnúmero de opciones, esa explicación no puede, al menos para mí, encontrarse exclusivamente ni primeramente en la razón, pues se trata de una actividad artística que solo la belleza puede manifestar. La Narradora y la narración son, así, un algo inextricable que la razón no puede desenredar y que, posiblemente, en su ocultarse, conserve el misterio mismo del mundo humano. Entonces, ¿cómo adentrarnos en el milagroso taller de la historia?, ¿cómo pisar ese territorio oculto tras el velo sagrado de lo inasible? Mi intento, aquí, es ofrecer elementos para esta discusión, mostrar cómo en un momento estelar de

---

---

la humanidad, se conjugan tanto el hacer humano como ese secreto hilar que se esconde en lo que llamamos historia.

## II

En el año 486 a. C., Jerjes, hijo de Darío, ocupó el trono de su padre y, como más de un milenio después haría Mehmet, el sultán que conquistó Bizancio para el islam (Zweig, 2004: 37-66), se propuso superar a su padre, hacer lo que aquel no pudo, elevarse a la grandeza con una gran conquista. Para Jerjes, su glorioso camino debía empezar con la venganza de la afrenta que los griegos infligieron a Persia en Maratón. Diodoro de Sicilia,

---

---

en su Biblioteca Histórica, nos presenta estos hechos de la siguiente forma:

Jerjes, por su parte, rivalizando en celo con los cartagineses, consiguió superarlos en todos los preparativos en la misma medida que aventajaba a los cartagineses por el número de pueblos de su imperio. Comenzó a hacerse construir naves en todas las zonas costeras sometidas a su autoridad, en Egipto, Fenicia y Chipre, y también en Cilicia, Panfilia, Pisidia e igualmente en Licia, Caria, Misia, Tróade y las ciudades del Helesponto, en Bitinia y en el Pontoló. Como los cartagineses, completó los preparativos en tres años y consiguió equipar una flota de más de mil doscientos barcos de guerra. Le sirvió de ayuda asimismo lo que había hecho su padre Darío, que antes de su muerte había equipado un numeroso ejército,



puesto que, al ser derrotado por los atenienses en Maratón, donde sus tropas estaban al mando de Datis, abrigaba un gran resentimiento contra los atenienses que le habían vencido. Pero cuando ya iba a pasar a Europa para atacar a los griegos, Darío fue sorprendido por la muerte, y así Jerjes, movido por el proyecto de su padre y también, como se ha dicho antes, por el consejo de Mardonio, decidió hacer la guerra contra los griegos (Diodoro de Sicilia, 2006, XI, 1-2).

Las fuentes antiguas no dejan duda de la animadversión que Jerjes sentía por los griegos, sentimiento que en buena medida tuvo su origen en la derrota persa en Maratón, de ahí que, implicadas no solo la razón y la voluntad de conquista, sino también las vísceras, la segunda gue-

---

---

rra médica se convirtiera en un conflicto desproporcionado. Esta fue una confrontación a escala multinacional, incluso se podría decir que fue la primera guerra total de Occidente. La estrategia de Jerjes implicó en el conflicto a Cartago, el gigante del norte de África, con lo cual todo el Mediterráneo entró en liza. El texto de Diodoro de Sicilia nos ofrece otros dos elementos que dan fe de la magnitud de esta guerra; en primer lugar, el hecho de que el propio Jerjes, el rey de reyes, el dios vivo, se pusiera al frente del ejército multiétnico persa y, en segundo lugar, la enormidad de los preparativos que, según Diodoro de Sicilia, duraron tres años, pese a que Darío tenía muy avanzado el proyecto. Es evidente que esta fue

---

---

una expedición sin parangón, el siguiente pasaje de Heródoto atestigua el tamaño y la impresión que causó el ejército de Jerjes en su tiempo:

En efecto, por espacio de cuatro años enteros a partir de la reconquista Jerjes estuvo preparando su ejército y todo lo necesario para el mismo; finalmente, a los cinco años, se puso en campaña con un enorme contingente de tropas, de hecho, que nosotros sepamos, de todas las expediciones militares, ésta fue, con gran ventaja, la más importante, hasta el extremo de que, comparada con ella, la de Darío contra los escitas parece una insignificancia, lo mismo que la de los escitas (cuando estos últimos invadieron Media, en persecución de los cimerios, y



sometieron y ocuparon casi toda Asia superior, lo cual indujo posteriormente a Darío a tratar de castigarlos), o — según los datos de la tradición— que la de los Atridas contra Ilión, o que la de los misios y los teucros (que tuvo lugar con anterioridad a la guerra de Troya), quienes, después de pasar a Europa por el Bósforo, sometieron a todos los tracios, bajaron hasta el mar Jonio y, por el Sur, llegaron hasta el río Peneo. Todas esas expediciones, así como otras que, además de las citadas, se llevaron a cabo, no estuvieron a la altura de la de Jerjes, por la singularidad de la misma. Pues, ¿a qué nación originaria de Asia no acaudilló este monarca contra Grecia? ¿Qué curso de agua, a excepción de los ríos caudalosos, no se secó al tratar de satisfacer las necesidades de las tropas? Unos pueblos, en efecto, pro-

---



porcionaban naves; otros estaban encuadrados en la infantería; a otros se les había encargado que facilitasen caballería; a otros que, además de soldados, aportasen embarcaciones para el transporte de los caballos; a otros se les había ordenado que proporcionasen naves de combate para la construcción de los puentes, y, a otros, víveres y navíos (Heródoto, Urania: 20-21).

El ejército griego en cambio, era pequeño y carecía de unidad. No es fácil para nosotros, que habitamos un mundo desmedido donde todas las proporciones han perdido sentido, tan solo pensemos en el tamaño de las fortunas de nuestro tiempo, ponernos en los zapatos de los griegos que veían acercarse un

---

---

monstruoso ejército que secaba ríos a su paso. Esta fue una guerra tan desigual que no podemos ni imaginar un desnivel tal. Pero como toda contienda, la segunda guerra médica supuso una disyuntiva límite, en la que todos estuvieron en riesgo, incluso aquellos cuyo tamaño los mostraba a salvo de la derrota y la muerte. Las desdichas helénicas parecían responder a un complot cósmico, hasta el sagrado oráculo de Delfos presagiaba el fin de lo griego:

La Pitia, cuyo nombre era Aristonice, les dictó el siguiente vaticinio:

¡Desdichados! ¿Por qué permanecéis inactivos? ¡Huye al fin del mundo y abandona tus casas y de tu circular ciudad los



eminentes baluartes. Pues no permanece incólume ni la cabeza, ni el cuerpo, ni las extremidades, ya se trate de los pies o de las manos; y nada queda ya del tronco. Al contrario, todo se halla en lamentable estado: lo destruyen el fuego y el furibundo Ares, que conduce en su ataque un carro sirio.

Otras muchas fortalezas aniquilará también, no sólo la tuya, y a las devastadoras llamas ofrendará muchos templos, donde, en estos momentos, las imágenes de los dioses deben de alzarse en sudor bañadas y estremecidas de espanto, pues negra sangre chorrea de lo alto de los pináculos, presagiando calamidades inexorables. Abandonad, pues, este sagrado lugar y, ante las desgracias, comportaos con entereza (Heródoto, Polimnia: 140).

---

Pero el secreto hacer de la gran narradora, de la historia, está a salvo tanto de la intromisión humana como de la divina. En esto se asemeja a la Moira, al destino, que va más allá de las potencias divinas, pues ni a los dioses les está permitido trasgredir el límite que impone la necesidad, la Moira, oscura y terrible, territorio sagrado que no se doblega ante las fuerzas divinas, mucho menos a las súplicas humanas y a sus altares. La Narradora y la Moira representan el límite último y definitivo, la necesidad que no puede ser sorteada, la muerte. Pero ¿la muerte de quién?, esta es la cuestión, quizá la única importante, la decisiva. Ante las súplicas y los ramos de olivo que los desolados atenienses pusieron al pie

---

---

del dios, la Pitia dio muestras de la ambigüedad que tiene todo momento estelar de la humanidad, ella, nos cuenta Heródoto, habló así:

No puedes Palas aplacar a Zeus, dios del Olimpo, pese a que, en todos los tonos y con sagaz astucia, súplicas le dirige.

No obstante, voy a darte ahora una nueva respuesta, inflexible como el acero.

Mira, cuando tomado sea todo cuanto encierran la tierra de Cécrope y el valle del Citerón augusto, Zeus, el de penetrante mirada, concederá a Tritogenia un muro de madera, único —pero inexpugnable— baluarte, que la salvación supondrá para ti y para tus hijos.



Ahora bien, tú —eso sobre todo— no aguardes indolente a la caballería y al ingente ejército de tierra que del vecino continente llega; al contrario, retírate; vuelve la espalda. Un día, tenlo por seguro, ya les harás frente. ¡Ay, divina Salamina! ¡Que tú aniquilarás a los frutos de las mujeres, bien sea cuando se esparce Deméter o cuando se reúne! (Heródoto, Polimnia: 141).

El inicio de la segunda guerra médica fue poco venturoso para los intereses helenos; presagios oscuros, varias derrotas contundentes y otras apenas disimuladas —recordemos la masacre de Leónidas y los trescientos espartanos en las Termópilas y la batalla naval de Artemisio—, pero si algo marcó el ánimo de

---

---

los griegos fue la destrucción de Atenas a manos del persa, la imagen de la Acrópolis ardiendo debió ser un espectáculo terrible para los pocos y desunidos defensores de la Hélade, quienes, en un cónclave del estado mayor griego, decidieron abandonar Salamina y presentar batalla en el istmo, es decir, en mar abierto, condenando de esta manera al Ática y a la población ateniense refugiada en la mayor de las Sarónicas:

Cuando se reunieron en Salamina, los generales de las ciudades que he citado estudiaron la situación, pues Euribíades había propuesto que el que quisiera manifestase su opinión sobre qué lugar, que estuviera en su poder, parecía más idóneo para presentar batalla naval (como

---

quiera que el Ática había sido ya abandonada, su proposición se refería a las demás zonas de Grecia). Entonces la mayoría de las opiniones de quienes intervinieron coincidieron en que había que zarpar con rumbo al Istmo y librar batalla ante el Peloponeso, aduciendo la siguiente observación: que, en el caso de resultar derrotados en la batalla, si se encontraban en Salamina, se verían bloqueados en una isla, donde no se les presentaría oportunidad alguna de recibir socorros, mientras que, en las inmediaciones del Istmo, podrían alcanzar territorios bajo su control (Heródoto, Urania: 49).

Heródoto indica: cayó la noche y levantaron la sesión, embarcándose en sus respectivas naves (VIII, 56), huida con la

---




cual Atenas se perdería definitivamente; abandonar Salamina significaba olvidar el Ática, entregar su suelo sagrado. Se trataba de una decisión cruel y quizá egoísta, que llevaría por la vía rápida el conflicto al Peloponeso, pero sobre todo era una mala decisión táctica, la poco experimentada flota griega no era consciente de las ventajas que suponía batallar en el pequeño espacio entre Salamina y el Ática. Parecería que la suerte estaba echada y que no se cumpliría la sentencia del oráculo: “¡Ay, divina Salamina! ¡Que tú aniquilarás a los frutos de las mujeres, bien sea cuando se esparce Deméter o cuando se reúne!”. Pero aquí, la Narradora decide dar un vuelco a la trama:

---

---

Pues bien, en el preciso momento en que Temístocles llegó a su nave, Mnesífilo, un natural de Atenas, le preguntó que cuál era la decisión que habían tomado. Y, al saber por Temístocles que se había acordado trasladar la flota al Istmo y presentar batalla ante el Peloponeso, exclamó: «A fe que, si los griegos hacen zarpar sus naves de Salamina, ya no podrás librar batalla naval por patria alguna, pues todos ellos se dirigirán a sus respectivas ciudades, y ni Euribíades, ni ninguna otra persona, conseguirá detenerlos e impedir que la flota se disperse, de manera que, por su errónea decisión, Grecia se verá abocada al desastre. Ahora bien, si existe alguna posibilidad, ve y trata de revocar la decisión adoptada, a ver si logras convencer a Euribíades para que cambie de opinión y permanezca aquí» (Heródoto, Urania: 57).

---



Lo oportuno y certero del consejo de Mnesífilo puede hacernos pensar en un gesto de la providencia, pues, con su consejo, la insondable necesidad se abre paso en medio de un juego que parecía estar ya cerrado. Azuzado por la elocuencia y razón que contenían las palabras de Mnesífilo, Temístocles logró que Alcíbiades volviera a convocar a los generales con el fin de tratar el asunto del mejor lugar para enfrentar a la flota persa. Este nuevo cónclave del alto mando griego no fue pacífico ni amistoso, unos y otros, cargados de razones, miedos y prioridades, se enfrentaron. Pero los argumentos de Temístocles fueron verdaderamente poderosos:




«En tus manos está en estos instantes salvar a la Hélade, si me haces caso y, a fin de presentar batalla, permaneces donde estamos, en lugar de hacer que las naves pongan proa al Istmo cediendo a los argumentos de los aquí presentes. Mira, escúchame y coteja ambos planes: si trabas combate en las inmediaciones del Istmo, librarás la batalla en mar abierto, cosa que no nos conviene en absoluto, dado que contamos con navíos más pesados e inferiores en número; además, aun suponiendo que, en líneas generales, nos acompañe la fortuna, causarás la pérdida de Salamina, Mégara y Egina. Por otra parte, las fuerzas terrestres del enemigo avanzarán a la par que su flota, y, en consecuencia, tú personalmente los conducirás contra el Peloponeso y pondrás en peligro a toda Grecia. En cambio,

---

si adoptas el plan que yo propongo, conseguirás con él todas estas ventajas: ante todo, si, con pocas naves, trabamos combate en un estrecho contra una flota numerosa y el resultado del enfrentamiento es el presumible, obtendremos una rotunda victoria, pues a nosotros nos beneficia librar batalla en un estrecho, en tanto que a ellos les beneficia hacerlo en mar abierto. Además, se salva Salamina, a donde hemos evacuado a nuestros hijos y a nuestras mujeres. Más aún, mi plan incluye la cuestión que, precisamente, más os interesa; se trata de la siguiente: de permanecer aquí, combatirás en defensa del Peloponeso de la misma manera que si estuvieses en las inmediaciones del Istmo; por eso, si adoptas una decisión verdaderamente acertada, no conducirás al enemigo contra el Pelopo-

---



neso, pues, si realmente sucede lo que yo presumo y alcanzamos la victoria con nuestra flota, los bárbaros no se os presentarán en el Istmo ni progresarán más al sur del Ática: se retirarán sin orden alguno y nos beneficiaremos de la salvación de Mégara, Egina y Salamina, en donde, además, según un oráculo, nos impondremos a nuestros adversarios. El éxito, en suma, suele sonreír por lo general a las personas que toman decisiones sensatas; en cambio, cuando las decisiones son insensatas, la divinidad tampoco suele auspiciar los planes de los hombres» (Heródoto, Urania: 60).

Los ahí presentes eran, en su mayoría, favorables a la postura de los lacedemonios, quienes daban por perdida el Ática y les urgía correr a su patria para

---

defender sus hogares. Se entiende, por tanto, la hosquedad del debate y la violencia de los argumentos. Heródoto relata la tensión entre Adimanto y Temístocles:

En plena intervención de Temístocles, el corintio Adimanto volvió a arremeter contra él, exigiendo que aquel apátrida guardara silencio y tratando de impedir que Euribíades sometiese a votación la propuesta de una persona cuya ciudad no existía; de hecho, insistía en que, para que pudiese manifestar su opinión, Temístocles debía representar a una ciudad (Adimanto lo injuriaba en esos términos porque Atenas había sido tomada y se hallaba en poder del enemigo) (Heródoto, Urania: 61).

---

La calificación de apátrida, en un mundo donde la tierra tenía carácter sagrado, adorada como Gea, la gran madre, la procreadora primordial que parió a las altas montañas sin conocer el grato comercio (Hesíodo, Teogonía: 125-130), era, sin duda, un insulto insoportable y falto de todo tacto, máxime si se tiene en cuenta que la Acrópolis ateniense aún humeaba:

En esa tesitura, Temístocles, como es natural, dirigió numerosos reproches contra Adimanto y contra los corintios, y demostró explícitamente que ellos —los atenienses— poseían una ciudad, así como un territorio, más importante que el de los corintios, en cuanto que disponían de doscientos navíos con sus dotaciones, de manera que ningún pueblo de Grecia po-





dría resistirse ante ellos si lo atacaban. Al tiempo que hacía esas puntualizaciones, se dirigió a Euribíades, siguiendo en el uso de la palabra, y le dijo poniendo más énfasis: «Por lo que a ti se refiere, si estás dispuesto a permanecer aquí, actuarás, precisamente por hacerlo, como un buen soldado; de lo contrario, ocasionarás la perdición de Grecia, pues, para nosotros, el éxito de la campaña depende de las naves; así que sigue mi consejo. Mas, si no haces lo que te digo, nosotros recogeremos de inmediato a nuestros familiares y nos trasladaremos a Siris, en Italia, que nos pertenece desde hace ya mucho tiempo; y, además, al decir de los oráculos debemos fundar allí una colonia. Vosotros, entretanto, al veros privados de unos aliados como nosotros, os acordaréis de mis palabras». Ante estas manifes-

---

taciones de Temístocles, Euribíades cambió de opinión (a mi juicio, lo hizo sobre todo ante el temor de que los atenienses los abandonaran, si ordenaba que las naves pusiesen rumbo al Istmo, pues, sin el concurso de los atenienses, el resto de los griegos no estarían ya en condiciones de presentar batalla). Se inclinó, en suma, por el plan de Temístocles: permanecer en Salamina y librar en sus aguas una batalla decisiva (Heródoto, Urania: 62-63).

Este pasaje de Heródoto muestra la simiente de la transformación fundamental del mundo griego, me refiero a la política como principio organizador, de la que la réplica de Temístocles es una manifestación temprana. No podemos olvidar que la segunda guerra médica su-

---

---

cedió cuando las reformas de Clístenes empezaban a cambiar la concepción del poder y sobre todo la mentalidad griega, esas revolucionarias reformas un siglo después le permitirán a Aristóteles afirmar que la comunidad perfecta y natural es la polis (Aristóteles, Política: 1252b-8, 1253a), de lo que se deduce la propia naturaleza humana, contenida en la sentencia: el hombre es un animal político, esto es, en una de sus acepciones, que pertenece a la polis. Cuando Temístocles defiende la pervivencia de Atenas, lo hace despegándose de la ancestral pertenencia a la tierra, lo hace en la certeza de que la ciudad, la polis, son sus ciudadanos y que por ellos merece la pena luchar, con todas las armas de que se dispone:

---

---

Entonces Temístocles, en vista de que su tesis iba a ser derrotada por la de los peloponesios, salió subrepticamente de la reunión y, una vez fuera, envió al campamento de los medos a un hombre en una barca, con instrucciones precisas sobre lo que debía decir. (El nombre de ese individuo era Sicino, y se trataba de un criado de Temístocles; en concreto, del preceptor de sus hijos. Precisamente, con posterioridad a estos acontecimientos —cuando los tespieos admitieron nuevos ciudadanos—, Temístocles lo hizo ciudadano de Tespías y lo colmó de riquezas). Ese personaje llegó en aquellos momentos a su destino en la barca y dijo lo que sigue a los generales de los bárbaros: «Me ha enviado el general de los atenienses, a espaldas del resto de los griegos (pues resulta que es partidario del rey y pre-



fiere que triunfe vuestra causa y no la de los helenos), para haceros saber que los griegos están aterrados y proyectan huir, así que en estos instantes tenéis la oportunidad de realizar la hazaña más importante de la guerra, si impedís que escapen. De hecho, la disensión reina en sus filas y ya no os ofrecerán resistencia; es más, los veréis luchar entre sí con sus naves: vuestros partidarios se enfrentarán a vuestros enemigos». Esto fue lo que les comunicó Sicino y, acto seguido, se alejó de allí (Heródoto, Urania: 75).

La decisión de Temístocles es inquebrantable, lo apuesta todo a la carta de Salamina, hasta el punto de cometer traición. Como sabemos, los persas tragaron el anzuelo, cortaron la huida de los griegos

---

y les obligaron a presentar batalla en las aguas del estrecho. Finalmente, la exclamación del oráculo cobró sentido, Salamina fue la aniquiladora de los frutos de las mujeres, en este caso, las mujeres persas, pero bien pudieron ser las helenas, porque la gran narradora hace mientras camina.

La batalla de Salamina se decidió gracias a la traición de Temístocles, fue esa baja salvadora la que obligó a los griegos a luchar en el estrecho y decantó la derrota persa. Cuenta Heródoto (Urania: 97) que, después de la debacle, Jerjes temió por su vida y decidió abandonar Grecia dejando a Mardonio al mando de su ejército. Pero ya todo estaba perdido,

---

---

la derrota de Salamina hizo que cualquier esfuerzo de los persas resultara inútil, ¿cómo podría vencer un ejército que ha sido abandonado por su dios?

### III

Salamina hizo que el mundo sea heleno. La secuencia de hechos que acabo de presentar —esa contienda desigual, de proporciones universales, el enigmático presagio del oráculo, la lucha intestina de los aliados, el consejo providencial de ese oscuro personaje llamado Sicino y la traición que decanta el escenario bélico— son los hilos que la necesidad junta de forma inextricable. Hilos a cual más improbable,

---

conectados milagrosamente por un secreto hacer. Este es el origen de nuestro presente, esta es la cuna de nuestros días: ¿qué voluntad está detrás?, ¿el destino?

El destino es para los griegos una entidad suprahumana perteneciente a un orden distinto del de los dioses. Para ellos, el destino no responde a ese pacto entre la comunidad que sacrifica y lo divino-numinoso que accede y que por lo tanto garantiza la efectividad del campo instrumental (Echeverría, 2001: 159). La Moira, la representación griega del destino, es una percepción fundamental de los límites del ser humano, se trata de ese llegar inexorable, de aquel encuentro fatal y definitivo, pues donde es pronun-

---

---



ciado el nombre de la Moira, se piensa inmediatamente en la necesidad de la muerte (Otto, 2003: 257). Queda claro que la Moira no es un dios, con el que transar o negociar, al cual se le puedan ofrecer sacrificios o rezos, no es una deidad sometida a la técnica mágica, es más bien una presencia, que solo puede formularse de forma vaga.

El destino, la Moira, procede de la oscuridad y camina a ella. La indiferenciación es el principio de todo. Por eso es pertinente la pregunta: ¿qué había cuando aún no había nada?; de ese no tiempo, cuando las cosas no eran las cosas porque todavía ninguna razón osaba posarse en ellas, solo nos quedan fábulas:

---

---

Al principio, sólo existía el Vacío; los griegos lo llamaron Caos. ¿Qué es el Caos? Una inmensidad vacua, negra y oscura, en la que nada se veía. Una especie de caída, de vértigo, de confusión, sin fin, sin fondo. Era un vacío tan impresionante como una inmensa boca siempre abierta en la que todo quedara engullido en una misma noche indiferenciada. En el origen, pues, sólo existía el Caos, abismo ciego, oscuro, ilimitado (Vernant, 2012: 15).

Con permiso de Hesíodo, y de la tradición, tomo este bello texto que el abuelo Jean-Pierre narraba a su nieto Julien en las noches de las vacaciones estivales. Julien, muy posiblemente no podía aquilatar la fortuna de esa narración, el aedo

---

que narraba sentado al borde de su cama era uno de los más importantes filólogos del siglo XX, y así, oral y viva, le llegó a ese afortunado niño la mitología griega. La cita de Vernant nos permite atender a un elemento significativo de ese momento primigenio, de ese principio; el ser humano ha imaginado ese principio de formas diversas —el *big bang*, el génesis, etc.—, pero todas comparten ese fondo de oscuridad e indeterminación. En nuestra argumentación, ese fondo oscuro es importante porque intuimos en él la confusa convivencia de todas las posibilidades en su forma potencial, todas esas presencias pueden ser mundo, pero no todas emergerán del abismo. Moira comparte con Caos ese

---

---

fondo de oscuridad. Moira, hija de la noche, expresa, el recuerdo lejano pero vivo del vértigo que causa el abismo. Se trata de la pura y brutal potencia cuyo nombre provoca una perturbación que solo puedo comparar con la de la imagen ominosa del ello freudiano.

Inmensa boca abierta, así describe Vernant al caos primigenio. Abertura de la que nada escapa y que lo envuelve todo, incluso aquello que creemos firme, definido, absoluto:

Nacido del inmenso Caos, el mundo tiene ahora un suelo. Por una parte, este suelo se alza hacia la altura en forma de montañas; por otra, se hunde hacia la

---

profundidad en forma de abismo. Este subsuelo se prolonga indefinidamente, de manera que, en cierto modo, lo que se encuentra en la base de Gea, bajo el suelo firme y sólido, siempre es el abismo, el Caos (Vernant, 2012: 16).

Esta representación ontológica de la existencia humana es profundamente aleccionadora respecto de la condición terrible de lo real, por la cual, el mundo que habitamos, y que hemos arrancado de las tinieblas a fuerza de razón, está siempre en peligro, rodeado por el caos y presto a hundirse en él. La endeble realidad es para los griegos una partícula en medio de la oscuridad, que se sostiene a fuerza de nuestra acción. Esta percepción griega nos pone en guardia

---

---

frente a nuestra ingenua suficiencia y a nuestras certezas, pero también nos permite vislumbrar la condición fundamental de lo humano: crear, mantener, sostener el mundo.

Moirá no se mezcla en los asuntos humanos, no rapta a las jóvenes ni se derrama sobre ellas en forma de lluvia dorada, de ahí que el destino, en su acepción griega, sea perfectamente compatible con la libertad del hombre, porque ese destino no es el resultado de la maleable voluntad de los dioses, o un camino predeterminado, o una secuencia preestablecida de hechos. Moira es fundamentalmente dos cosas: establecimiento de los límites últimos, principalmente la muerte, y con-

---

---

ciencia de que la acción humana se lleva a cabo sobre un fondo ominoso e indiferenciado del que todo surge y al que todo puede retornar. El despliegue de lo humano sobre el mundo es, así, una suerte de arar testarudo que choca permanentemente con la muerte, sin parar, sin perder, sin desaparecer, sin ganar.

Entre Moira y la libertad, entre la divinidad y lo humano, está la gran narradora, la historia que está hecha tanto de componentes humanos como de oscuridad divina. Nada anticipa el final en la gran narración, ella es abertura, pura posibilidad. Hanna Arendt lo expresa así: “el acto más pequeño en las circunstancias más limitadas lleva la simiente de la

---

---

misma ilimitación, ya que un acto, y a veces una palabra, basta para cambiar cualquier constelación” (Arendt, 2016: 214). Es esta ilimitación la que hace impredecible el devenir. En los momentos estelares de la humanidad, se combinan lo humano y lo divino, su resultado es un fruto mestizo cuyo rostro solo lo puede desvelar el tiempo, solo con posterioridad se puede comprender el significado de un hecho: “su pleno significado sólo puede revelarse cuando ha terminado (...) la luz que ilumina los procesos de acción, y por lo tanto todos los procesos sólo aparece en su final, frecuentemente cuando han muerto todos los participantes” (Arendt, 2016: 215). Hoy releemos a Heródoto con la luz que siglos y siglos

---

---



han vertido sobre sus palabras. Salamina fue un hecho que esa decantación milenaria ha convertido en narración, narración que somos nosotros mismos.



## Bibliografía

- ARENDT, Hanna. (2016). La condición humana. Barcelona: Paidós.
  - ARISTÓTELES. (2015). Política. Madrid: Gredos.
  - DIODORO de Sicilia. (2006). Biblioteca Histórica Libros IX-XII. Madrid: Gredos.
  - ECHEVERRÍA, Bolívar. (2014). Valor de uso y utopía. México: Siglo XXI.
  - OTTO, Walter. (2003). Los dioses de Grecia. Madrid: Siruela.
  - HERÓDOTO. (2015). Historia IV. Madrid: Gredos.
  - ——— (2015). Historia V. Madrid: Gredos.
- 
-

- VERNANT, Jean-Pierre. (2012). Érase una vez. El universo, los dioses y los hombres. México: FCE.
- ZWEIG, Stefan. (2004). Momentos estelares de la humanidad. Barcelona: Acantilado.

**SERIE CLÁSICOS. HERÓDOTO - URANIA. Occidente: épica y azar de Óscar Llerena Borja es una publicación de la Facultad de Comunicación Social. Tiraje: 200 ejemplares. Noviembre de 2022.**

